

JOSÉ MIGUEL GARCÍA DE FÓRMICA-CORSI

NOVELAR LA *TERRIBILITÀ* EN FOLLETÍN: EL PERSONAJE Y LOS LIBROS DE SANDOKÁN*

Hay una expresión que siempre me ha parecido un estereotipo que pertenece más a la mitomanía que a la realidad: la del escritor de raza. Sin embargo, diríase que ninguna otra define mejor a Emilio Salgari. Y es que no cabe duda de que estamos ante un autor que escribía de manera atropellada, que es dudoso que alguna vez revisara lo que escribía, por lo que sus historias carecen de estructura, de tal modo que acaban haciéndose repetitivas, sin un desarrollo modulado y que, para colmo, las concluye del modo más abrupto y casi inesperado, como si de pronto advirtiera que el límite de páginas que tenía establecido por libro está a punto de ser rebasado. Ahora bien, como decía bien Alfredo Lara en un artículo dedicado a las películas inspiradas por el veronés: “imaginaba en su fantasía desmesurada las historias que uno quiere oír, leer, conocer”¹. Empezar un libro de Salgari –vale casi cualquiera– es precipitarse de pronto en un espacio lejano y exótico que, sin embargo, a la segunda página ya nos resulta el lugar más familiar del mundo. Es asistir a una peripecia trepidante a más no poder, en la que se nos lleva de la mano sin que nos detengamos mucho a pensar qué diablos está pasando. Narración en estado puro, la propia de un hombre que vivía para escribir tanto como escribía para vivir, que rellenó miles de páginas y publicó e inspiró una cantidad tan colosal de libros que todavía hoy resulta difícil distinguir los originales suyos de los apócrifos.

Como he señalado en otra ocasión,² si hubiera comenzado a publicar unas pocas décadas después, Salgari hubiese sido calificado de escritor *pulp*: europeo y no estadounidense (que es el lugar de origen propio de los autores reconocidos bajo esa etiqueta), pero indiscutiblemente *pulp*. Como los principales representantes de esta corriente, sobre todo los que practicaron el género aventurero, Salgari gustó “de variar escenarios (sus historias transcurren a lo largo de todo el globo) e incluso géneros (de la aventura al *western*), practicando con fortuna la serialidad (como indican las numerosas novelas que dedicó personajes como Sandokán o el Corsario Negro). Y en especial, su concepto de la narración, basado en la trepidación sin pausa (las famosas descripciones que jalonan su obra son más una concesión al modelo verniano, y a su condición de ‘educador de la juventud’, que a una necesidad del relato, como sí sucede con el escritor francés), en los personajes *absolutos* (sobre todo sus protagonistas) y en un diseño psicológico simple, aun considerablemente eficaz en sus manos”³.

* El presente ensayo es una versión unificada, ampliada, corregida y parcialmente reelaborada de una serie de cuatro artículos que el autor publicó originalmente en su blog *La mano del extranjero* (<https://lamanodelextranjero.com>), entre mayo y septiembre de 2022: la introducción “Sandokán, luz del sol que la fuerza me da” (15/5) y la trilogía “Las novelas de Sandokán” (14/6, 9/8 y 17/9).

¹ Alfredo Lara, “Sandokán, Ventimiglia y otros. Emilio Salgari en el cine”, en Javier G. Romero (coord.), *Bolsilibro & Cinema Bis*, Asturias, Siero, 2012.

² En el artículo “Emilio Salgari, escritor *pulp* antes del *pulp*”, incluido en mi blog *La mano del extranjero*, del 21 de octubre de 2012, amablemente reproducido en el primer número (primavera austral 2022) de esta misma revista *Corsario Rojo*, dentro del “Dossier sobre Emilio Salgari. Vida, obra, muerte, legado”, sección Mar de los Sargazos, pp. 127-129, disponible en <https://kalewche.com/cr1>.

³ Cit. de mi propio artículo, “Breve esbozo de la literatura *pulp* (I): los fundamentos”, en el blog *La mano del extranjero*, 12 de noviembre de 2020, <https://lamanodelextranjero.com/2020/11/12/breve-esbozo-de-la-literatura-pulp-i-los-fundamentos>.

No se me ocurre mejor ejemplo para penetrar en el sugestivo mundo literario de Emilio Salgari que el ciclo de novelas aventureras que dedicó al más famoso personaje surgido de su imaginación: Sandokán, el Tigre de Malasia.

Sandokán, el Tigre de Malasia

La familiaridad de toda una vida con Sandokán nos hace perder de vista la extrema originalidad de Salgari a la hora de elegir la nacionalidad para su más famoso personaje: malayo. Julio Verne, con el que tantas veces se lo comparó, tuvo como protagonista más exótico a un súbito del Celeste Imperio, pero dentro de una novela muy secundaria de sus Viajes Extraordinarios, *Las tribulaciones de un chino en China*. Salgari escogió el archipiélago malayo como cuna de su personaje, convirtiéndolo de paso en una mezcla de pirata y libertador de su pueblo.

El escenario propio de las aventuras de Sandokán es la isla de Borneo, entonces –como ahora– dividida entre varios poderes, unos autóctonos (el sultanato de Varauni, hoy Brunéi, tan hostil para el pirata) y otros alógenos (por el intrusismo imperialista europeo, sobre todo por parte de ingleses y holandeses). Quien busque en los mapas, cerca de esta gran isla, el también isleño enclave de Mompracem, hogar del pirata, no lo encontrará: es un espacio inventado por Salgari, si bien alguna teoría señala que el escritor utilizó fuentes hoy apenas disponibles tanto para los escenarios como para el mismo personaje central⁴. En el primer libro de su saga, se nos dice que fue el joven rajá de un pequeño principado de Borneo, injustamente despojado por un ambicioso rival con la ayuda de los siempre odiados ingleses, destronamiento que costó la vida de su madre y sus hermanos (en un episodio muy posterior, *El desquite de Sandokán*, se cambiará la versión, algo habitual en Salgari, señalándose que el destronado fue su propio padre). Los proscritos y descontentos del territorio (en especial, los malayos, pues los feroces dayakos, los indígenas cazadores de cabezas de la selva borneana, tan pronto son amigos como enemigos) se han unido bajo su férula, guardándole una fidelidad hasta la muerte. Y es fácil morir a su servicio: a Salgari no le temblaba el pulso a la hora de matar tigres de Mompracem; no en vano, en el ciclo, las derrotas casi son tan numerosas como las victorias.

El más firme apoyo de Sandokán es su incondicional camarada Yáñez de Gomera, portugués pese a la isla canaria que le proporciona el sobrenombre (¿o es apellido?). Es curioso que de Yáñez nunca lleguemos a saber nada, salvo leves referencias a un pasado agitado en distintos lugares de Asia, por ejemplo en la India. Sin embargo, leyendo el ciclo es fácil advertir que, de los dos personajes, y tal vez porque Sandokán resultara demasiado grandioso, el escritor sintió mayor predilección por el luso. Yáñez destila *familiaridad*: con su eterno cigarrillo en los labios, su socarronería flemática, más propia de un inglés que de un latino (o de un ibérico), y su capacidad para templar el temerario arrojo del Tigre, el portugués recibe muchas veces mayor atención que aquel, hasta el punto de merecer, en ocasiones, bastantes más páginas. Y no debe olvidarse que, si el escritor no dudó en arrebatarle al Tigre su amada Mariana, en cambio a Yáñez lo recompensó con un amor para toda la vida, el de la bella Surama, si menos sublime al menos más tierno y permanente, que acabaría además proporcionándole nada menos que un principado en la India y un hijo en su madurez.

El ciclo de Sandokán fue iniciado en 1883 y no concluyó con la muerte del escritor en 1911 (por suicidio), pues no solo las últimas aventuras surgidas de su pluma se publicaron de forma póstuma, sino que sus

⁴ En su artículo “Sandokan of Malludu. The Historical Background of a Novel Cycle set in Borneo by the Italian Author Emilio Salgari”, la especialista Bianca Maria Gerlich da cuenta de la inspiración de Salgari en el episodio equivalente de un gobernante real, Syarif Osman, destronado de su pequeño reino por una alianza entre el soberano de Brunéi y los ingleses. Es más, afirma que un consejero de aquel tenía el nombre de Sandakan, que por otra parte es el de un topónimo muy real, el de una localidad de la costa noreste de Borneo. Véase revista *Archipel*, nº 55, 1998, disponible en www.persee.fr/doc/arch_0044-8613_1998_num_55_1_3440.

editores, por acuerdo con la familia, publicarían unos cuantos más que llevarían su firma, pero serían escritos por otros autores, algo que sucedería con otros de sus personajes (el citado Corsario Negro, por ejemplo). El canónico está formado por once novelas (aunque habría que matizarlo: las últimas bien pueden ser una sola dividida en varias entregas). Los primeros títulos fueron publicados por entregas, en folletín, forma editorial que practicaron buena parte de los escritores del siglo y no solo los de aventuras: es el caso de Charles Dickens, por ejemplo. Tiempo después, esas historias aparecían en el formato de libro, por lo común con diversos cambios, a modo de lo que hoy llamaríamos «edición definitiva» (por ejemplo, es lo que sucede con la emblemática novela *La isla del tesoro*, y con tantas otras).

Así, la historia fundacional, hoy conocida como *Los tigres de Mompracem*, vio la luz primero en una revista bajo el título de *El tigre de la Malasia*, entre 1883 y 1884, y todavía volvería a aparecer en distintas publicaciones, siempre bajo el mismo sistema de entregas, hasta que en 1900 saliera en forma de libro, a cargo del editor de la mayor parte de sus éxitos, Antonio Donath, que es el que hoy sirve de base a todas las ediciones. Eso sí, para mayor confusión, en el ámbito hispano, muchas de las novelas se han publicado tradicionalmente divididas en dos partes, señalándose unas veces su vinculación y otras no. El origen de esta práctica se encuentra en sus primeras traducciones al español en la mítica editorial Calleja, y se debió a que las colecciones donde fueron publicadas, de novela popular, tenían por término medio un número de páginas inferior a la extensión del original. Es el caso de *Los tigres de Mompracem*, *Los dos tigres* o *El rey del mar*.⁵

El ciclo de Sandokán es también conocido como ciclo indo-malayo por la importancia que en el devenir de la historia tienen diversos personajes –tanto amigos como enemigos– y escenarios de la India. La razón estriba en otra novela, *Los misterios de la jungla negra*, independiente de los piratas de Mompracem en el momento de su publicación (por entregas, en 1887), que transcurre en Bengala y narra el enfrentamiento de un humilde cazador de serpientes llamado Tremal-Naik contra los célebres *thugs*, los estranguladores, por el amor de una joven inglesa llamada Ada Corishant. En 1891 Salgari daba a la luz *Los piratas de Malasia*, que unía a los personajes de las dos previas novelas. El marco de acogida era el mundo de Sandokán, mas Tremal-Naik y su fiel sirviente Kammamuri se convertirían en personajes fijos del ciclo, fundamentales incluso por cuanto el motor argumental de las siguientes novelas (*Los dos tigres*, de 1904, y *El Rey del Mar*, del mismo año) se fundamentaría en el auxilio que el Tigre de la Malasia corre a prestar a sus amigos indios. Y las restantes novelas irían fluctuando del escenario malayo al indio sin el menor problema.

Es de admirar la facilidad que siempre tuvo Salgari para situar al lector en el punto de vista de sus héroes. Y como buena parte de estos son proscritos del mundo civilizado, y con frecuencia ni siquiera europeos o blancos (verbigracia, Sandokán), llama la atención el aroma antiimperialista que destila su obra, un aire (no me gusta decir *mensaje*) que además destaca por su naturalidad: no está determinado por la *mala conciencia burguesa*, o por el aburrido peso de la concienciación (o corrección, táchese lo que se prefiera) política, sino que surge sencillamente porque Salgari no sabía hacer otra cosa que compartir el credo de sus personajes, es decir, fundirse con ellos, al menos mientras se ocupaba en contarnos sus aventuras.

Ahora bien, lo divertido, como apunta muy bien Fernando Savater en el capítulo que dedicó al héroe en su todavía imprescindible *La infancia recuperada* (1976), es que Sandokán nada tiene de caballero demócrata⁶. Bien al contrario, y por mucho que se subraye siempre su humanitarismo y sea incapaz de ensañarse con el rival derrotado, es un déspota: un déspota oriental en el sentido exacto del término, educado para ser obedecido y no para obedecer, y casi ni para pedir consejo, salvo a su buen amigo Yáñez. Leyendo la saga del Tigre de Malasia, uno tiene bien claro qué es lo peor del mundo: ser uno de sus fieles tigres, pues lo

⁵ Estos valiosos datos, que me han permitido aclarar el misterio de esa división, los he extraído del artículo de Cesáreo Calvo Rigual, “Las traducciones de Salgari en las editoriales barcelonesas Calleja y Maucci”, en *Quaderns*, vol. 26, dic. 2021, pp. 271-290, disponible en: www.researchgate.net/publication/356766478_Las_traducciones_de_Emilio_Salgari_de_la_editorial_Calleja.

⁶ Fernando Savater, *La infancia recuperada*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 96-105.

normal para estos es morir solo porque su líder los empuja a la muerte sin mayores explicaciones. Uno no se explica cómo Sandokán puede seguir manteniendo un cortejo nutrido de seguidores, puesto que en casi cada novela pueden perecer decenas de ellos, a veces más.

Vuelvo a insistir en su condición de escritor *proto-pulp*. Como los grandes de la literatura popular estadounidense de la primera mitad del siglo XX, Salgari escribió sin parar, acuciado por la necesidad de dar salida a sus narraciones sin la menor reflexión, seguramente sin la menor corrección, lo cual explica las repeticiones, los olvidos y la falta de una mínima estructuración. No se le puede comparar con los grandes de su época, con los Verne, Stevenson o Conan Doyle. Muchas veces se ha citado al primero a modo de pareja natural del italiano. Por ejemplo, Salgari (seguramente para asemejarse al francés, que era el referente del tipo de aventura que él abordaba) también gustaba de añadir detalles de la fauna y la flora, de la botánica y de la antropología. La diferencia, sin embargo, es notable. Mientras que Verne construye toda una poética, racionalmente lírica o líricamente racional, de la geografía, que es fundamental en sus relatos (cuyos temas, recuérdese, giran acerca del dominio de la naturaleza por el hombre), las referencias de Salgari tienen como función crear «ambiente» y son evidentes interpolaciones extraídas de las enciclopedias de donde este hombre, que nada viajó más allá de su pequeño entorno mediterráneo, extraía su aparente dominio de los rincones más lejanos.

Por otra parte, las ingenuidades de Salgari difícilmente se encontrarán en sus compañeros de la edad gloriosa del género de aventuras. (Como mucho, en la obra de un escritor coetáneo, popularísimo también, pero este más olvidado fuera de su tierra natal, el alemán Karl May, a quien también podría incluirse entre los precursores del *pulp*). Es de destacar algunas de aquellas, comenzando por el hecho de que sus héroes serán valientes a rabiar, pero no parecen en exceso perspicaces (sus rivales tampoco, en esto la ecuanimidad es completa). Es fácil que sean engañados por algún traidor cuyas arteras intenciones el lector las ve venir desde que entran en escena, o que ellos mismos cometan imprudencias indignas de estrategias de su supuesta talla. Así, en uno de los capítulos iniciales de *A la conquista de un imperio*, sexta novela del ciclo, Sandokán, Yáñez y sus diez leales, buscando una valiosa reliquia hindú, penetran en la cripta secreta de una pagoda a la que se accede alzando una enorme piedra, y no se preocupan en dejar algún hombre atrás para evitar que suceda lo que está claro que sucederá: que cuando se disponen a salir descubren que han sido encerrados en el subterráneo. Añado otra ingenuidad que me resulta descacharrante: la debilidad del autor por poner títulos a los capítulos que desvelan lo que va a suceder en ellos, a modo de muy modernos *spoilers*.

Salgari fue un narrador vehemente, nada amigo de las pausas ni mucho menos de esa introspección psicológica que se tiene por la principal característica de la literatura del siglo XIX, al que él pertenece por mucho que se proyectara también sobre el siguiente. Sus personajes no evolucionan en ese sentido lo más mínimo a lo largo de los veinticinco años que, en la realidad y la ficción, atraviesa su ciclo. Del mismo modo, un crítico «serio» no lo llamaría *estilista*, lo que es un error: hasta el escritor más mediocre tiene un estilo. Y el de Salgari consistió en agilizar todo lo posible la narración, otorgando prioridad absoluta al diálogo (incluso en medio de la acción más trepidante) y haciendo que uno y otra sean lo que caracterice a sus personajes y cree la atmósfera. Y no se olvide: el buen escritor es siempre convincente: sabe convertir su ficción en realidad mientras lo leemos. En este sentido, Salgari fue un maestro, por cuanto muchas veces la sombra del delirio, de la acumulación más insensata, del giro argumental más delirante, amenaza con romper la magia y, sin embargo, rara vez sucede.

Volviendo al *pulp*, el parangón más evidente que debemos citar, el hombre a quien el italiano presagia, es el genial Robert E. Howard, con el que comparte múltiples vínculos, alguno tan estremecedor como el hecho de que ambos acabaran suicidándose. Los dos amaron a los héroes de una pieza, sin complicaciones psicológicas, que se definen antes por la acción que por la reflexión (la cual, para ellos, suele ser bastante molesta). Los dos se complacieron en situarlos en espacios exóticos (Howard, en espacios y tiempos

exóticos). Comprendieron bien que la clave de una ficción, sin la cual lo demás es secundario, es hacer que el lector siempre desee saber qué va a pasar a continuación: y ellos obligan a pasar la siguiente página con ansiedad. Jugaron a su favor con el concepto del mercado popular, dándole al público lo que estos deseaban: multiplicando las aventuras de los personajes predilectos de las masas, Sandokán o el Corsario Negro en un caso, Conan o Solomon Kane en otro.

Pero por encima de todos, en ambos brilla con luz propia un concepto que es el que les permite superar la prueba del tiempo, el que consigue que sus ficciones sean mucho más que un espectáculo narrativo que se agota con la reiteración. La palabra que lo define es italiana, pero los lectores de Howard lo entenderán bien: la *terribilità*. Alfredo Lara y Fernando Savater lo han dicho: es el fuego interior que devora a sus personajes, sobre todo a Sandokán en el caso de Salgari, que los arrastra más allá del mero empeño racional, haciéndolos capaces de sacrificar todo, al deseo de satisfacer un *fatum* que no se puede explicar, pero que se puede comprender. Para Salgari, en sus mejores momentos, es el amor.

La relectura del primer libro de Sandokán, *Los tigres de Mompracem*, a poco que se piense, causa asombro. Cuando lo lógico es esperar que el escritor, antes que nada, vaya a dedicar el espacio debido a plasmar la naturaleza aventurera y libertaria del héroe, a describir su entorno y exponer su lucha indomable, lo que hace es afirmar que la única obsesión presente del Tigre es una muchacha blanca, Mariana Guillonk, conocida como la Perla de Labuán, a la que nunca ha visto pero que lo ha hechizado a distancia, hasta tal punto que se dirige a la isla de este nombre, poniendo en peligro barcos y hombres (los cuales, claro, se perderán) con tal de satisfacer su necesidad de verla. Y tan pronto la contempla, se apodera de él una pasión tan salvaje como la que él inspira en ella, y todo pasa a ser secundario salvo conseguirla y llevársela a su isla. Es más, obtendrá lo que se propone, pero será a costa de perder Mompracem en manos de sus rivales. Nuevo asombro, por tanto: la primera aventura de ese guerrero supuestamente excepcional es la crónica de una derrota.

Ahora bien, en *Los misterios de la jungla negra* Salgari incluso superaría la fulgurante atmósfera de pasión borrascosa. Esta magnífica novela, cuyo dominio del escenario es impresionante, supone, en el fondo, una reelaboración del mismo planteamiento de *Los tigres de Mompracem*: el amor arrebatado que siente un hombre (también oriental, pero en este caso indio) por una muchacha (inglesa, como Mariana) de la que se enamora nada más verla y por quien está dispuesto a enfrentarse a los mayores peligros, tanto físicos como morales. Ahora bien, Salgari añade un matiz tan rico como estremecedor. Tremal-Naik primero combate a muerte a los *thugs* para rescatar de sus garras a la joven Ada, mas después no dudará en convertirse en asesino a sus órdenes cuando no le queda otra salida si quiere volver a verla con vida. Admirablemente, Salgari no juzga a su personaje: con sencillez, describe todos sus actos con la misma convicción objetiva, dejando desnudo al lector frente al personaje. Y aquel se descubre identificado, tanto cuando el protagonista se empeña en enfrentarse él solo al ejército de asesinos, como cuando ahora, unido a estos, utiliza todo su valor e inteligencia (dejándose llevar por la rabia cuando algo se interpone en sus designios) en su intento de acabar con el gran enemigo de los estranguladores, el capitán inglés MacPherson. Para mayor aliento trágico, ignora que este hombre es el padre de su amada, que lleva años buscándola y que por eso ha declarado la guerra sin cuartel a los *thugs*. Eso es *terribilità*.

Hablaba líneas arriba de que entre la primera y la última de las historias transcurre al menos un cuarto de siglo, como indican las descripciones físicas de unos cabellos que se van encaneciendo, si bien el vigor y la intrepidez nunca se pierden. Ahora bien: para Salgari, los rasgos crepusculares no existen. Lo decía bien Savater: su gesta es luminosa y solar.

Por tanto, y retomando las palabras del español, que me siguen entusiasmando tanto como cuando leí su encomio del personaje (el primero que leí sobre él), volvamos a sumirnos en la jungla impenetrable, donde

nos amenazan el peligro de los dayakos y sus dardos envenenados y acecha el templo de Kali y los siniestros estranguladores. “Mas ¡fuera miedo!, tenemos al lado al sereno y astuto Yáñez de Gomera, hermano de armas; nos cubren las espaldas Tremal-Naik y el enorme Sambigliong, junto con todos los tigrecitos malayos dispuestos a dejarse matar sonriendo por su Tigre. ¿Recompensa? No hay más recompensa que la aventura misma: pero la aventura es Mariana...”⁷. ¿Cómo no volver a Salgari?

Los libros de Sandokán

Once libros componen la saga de Sandokán que podemos atribuir a su creador, Emilio Salgari. El escritor veronés la hizo nacer en 1883, en las páginas de una publicación de su ciudad natal; y a su muerte, por suicidio, en 1911, dejó algunas de sus aventuras por salir a la luz, apareciendo la última entrega dos años después. Un cuarto de siglo, en más o menos, abarca su saga y ese mismo espacio de años, con cierta imprecisión cronológica muy propia de Salgari, también es el espacio temporal que abarcan las andanzas del Tigre de la Malasia y sus amigos. Sus personajes centrales son cuatro: el protagonista, Sandokán; su hermano del alma, el portugués Yáñez de Gomera; y los dos indios que un día van a parar a los mares de Malasia y se ganarán su amistad inquebrantable: Tremal-Naik y su fiel sirviente Kammamuri. En los once libros dio tiempo a incorporar varios personajes secundarios, pero ninguno alcanza la entidad de los anteriores. Mariana Guillonk y Ada Corishant, las dos mujeres a las que aman respectivamente Sandokán y Tremal-Naik (cuyas pasiones constituyen el motor inicial de la saga) desaparecerán pronto, dejando en el segundo caso a una hija, Danma, que no volvería al ciclo una vez felizmente casada. Yáñez se enamoraría (mas sin la pasión de los dos primeros) de una joven india, Surama, que acabaría permitiéndole su ascenso a *maharajá*. En cuanto a otros personajes secundarios, Salgari siempre situó al lado de sus jefes al hercúleo Sambigliong, y entre sus enemigos, el más recordado tal vez fuera el líder de los *thugs*, el siniestro Suyodhana. Mas nadie se engañe: da igual junto a quién luchen o a quién se enfrenten, son los cuatro primeros quienes ocupan siempre el centro de la aventura, sin necesidad de la menor evolución psicológica, y casi ni siquiera cronológica, pues por más años que pasen por ellos, siempre conservarán la misma y fogosa voluntad.

Leer los once libros de un tirón obliga a aceptar no ya la clásica suspensión de la incredulidad que constituye una de las citas más fastidiosamente reproducidas de la historia de la literatura sino, incluso, a perder de vista otra forma de contar que no sea la que nos propone el autor. De hecho, importa poco por qué libro entrar al ciclo porque todos están trazados del mismo modo, e incluso sus elementos argumentales se repiten considerablemente (salvo los dos primeros, caracterizados por la importancia del amor, que solo reaparecerá en el sexto). Entre estos pueden destacarse: el recorrido por una jungla llena de peligros, los enfrentamientos con tigres, las estampidas de elefantes o búfalos, las incursiones en subterráneos (con frecuencia los de alguna pagoda), las múltiples traiciones, el uso de drogas para hacer hablar a un prisionero, la farsa de Yáñez haciéndose pasar por británico para engañar a algún obtuso gobernante, etc. Sin embargo, tal es la ligereza narrativa de Salgari y la fuerza de la exposición que esta repetición no se hace monótona, sino que forma parte del entorno «doméstico» de la acción, como esas piezas que todos tenemos en nuestra habitación favorita, sin las cuales esta no nos parecería la misma.

A continuación, voy a abordar libro por libro, en sucesivos apartados, la saga completa de Sandokán. En todos ellos, aparte de una pequeña reseña argumental y un comentario crítico, incluyo los títulos originales, intento aclarar la diversidad de ediciones (por entregas y en libro) y las situó en los años correspondientes (si hay dos fechas, la primera es la de la publicación por entregas y la segunda, del libro; si una sola, este último caso). Como ni soy un especialista en investigación literaria ni tampoco pretendía otra cosa que disfrutar la

⁷ *Ibid.*, p. 105.

lectura de la saga y proporcionar alguna ayuda a quien intente penetrar en semejante laberinto, es evidente que el resultado podrá ser mejorado con facilidad por quien de verdad asuma el reto de profundizar en este gran escritor.⁸

1. *Los tigres de Mompracem* (1883-1884, 1900)

Primera publicación, por entregas, en *La Nuova Arena*, periódico veronés, entre 1883 y 1884, bajo el título de *La tigre della Malesia* (“El Tigre de la Malasia”). Con el mismo formato, en otras publicaciones y fechas, antes de conseguir la edición definitiva en libro, a cargo del editor genovés Antonio Donath, en 1900, ya con el título final de *Le tigri di Mompracem*. En España, siguiendo la primera publicación de Calleja, ha sido dividido más de una vez en dos volúmenes, *Sandokán* y *La mujer del pirata*. Las dos mejores y más recientes ediciones, en Alianza Editorial (1981) y Anaya (en la colección Tus Libros, en 1989), incluyen el libro en su integridad.

Salgari tenía tan solo veintidós años y había escrito todavía pocas ficciones cuando dio a la imprenta el primer capítulo de la que había de ser su creación más popular. Es curioso que tardara más de quince años en publicar la versión definitiva en forma de libro. Como ya he señalado, fue práctica literaria habitual de la mayor parte de los escritores de éxito y que en el tránsito el autor solía realizar diversos cambios. La particularidad de esta primera entrega es que, cuando por fin se publica en volumen, ya ha publicado en «tapa dura» las dos siguientes del ciclo, *Los misterios de la jungla negra* y *Los piratas de la Malasia*, por lo que en algunas bibliografías el título inaugural aparece directamente en tercer lugar, con la consiguiente confusión. Por lo demás, Salgari realizó pequeñas modificaciones, entre ellas las de la fecha en que transcurre la acción (para adecuarla a las de las otras novelas, si bien es evidente que Salgari jamás prestó mucha atención a las contradicciones cronológicas que aparecen en su ciclo). Así, en la edición por entregas el año es 1847; en el libro, 1849. Es más, la primera línea del libro señala, con extraña precisión, el día exacto en que Sandokán comienza su *queste*: el 20 de diciembre de 1849.

Salgari fue siempre un escritor muy directo, muy poco amigo de prolegómenos o de poner en situación al lector antes de iniciar la acción. Desde el inicio de la novela, el escritor trata al lector como si este, en efecto, conociera sobradamente al individuo que, en el primer capítulo, no puede permanecer quieto en su casa sobre el acantilado de Mompracem, y asimismo tuviera los datos suficientes del contexto geográfico e histórico, e incluso del otro personaje al que el primero espera con notable inquietud: su leal camarada Yáñez de Gomera. Con veintidós años, Salgari ya es Salgari: el escritor que comienza a redactar con poco más que un plan de la acción y sin borrador alguno, y que luego apenas corregirá lo escrito, tal es la prisa febril por entregar de alguien para quien la literatura, además de una vocación, será una cuestión de supervivencia.

Ninguno de los otros clásicos de la edad de oro de la aventura habría hecho como él: tardar casi doscientas páginas en contar *algo* del pasado de su héroe, cuando este pasado parece tan fundamental para explicar su presente. Y cuando lo hace (es Yáñez quien se lo refiere a la lógicamente curiosa Mariana), el relato es tan breve como insatisfactorio: Sandokán fue el joven rajá de un pequeño reino de Borneo llamado Muluder—cuando, en *El desquite de Sandokán*, el Tigre por fin lo recupere, el nombre será otro: Kin-Ballu—, despojado del mismo por la voracidad de los europeos, sobre todo los ingleses, y la envidia de los otros soberanos de la isla, convertido desde entonces en señor de la isla de Mompracem y en pirata de los mares de la Sonda. Por comparar, el ineludible Julio Verne habría comenzado como él por un capítulo «activo» que

⁸ Este trabajo no habría podido realizarlo sin la información sobre los datos sustantivos de cada uno de los libros que he encontrado en el blog del argentino Fernando Coun, <https://traduciendosandokan.blogspot.com>, admirable además por su propósito de ofrecer una traducción digna de un ciclo en general muy maltratado por las ediciones hispanas. Mi gratitud más ferviente por su labor.

nos situaría ante el héroe (valdría el mismo de la novela), pero dedicaría el segundo a la descripción física y moral de su héroe, así como de su amigo Yáñez y de sus principales hombres, a dibujar Mompracem y el territorio de sus aventuras y a contar con detalle tanto el pasado del Tigre como el contexto histórico en que estas suceden. Salgari, sencillamente, los *pone en acción* y así es como los conocemos.

Ya he señalado la sorpresa que produce la relectura del libro y el descubrimiento de que el argumento consiste en la obsesión que Sandokán siente por Mariana Guillonk, llamada la Perla de Labuán y sobrina de uno de los opresores ingleses de su pueblo. La aventura narra las dos incursiones que hace el Tigre en la isla de Labuán para conocerla y enamorarla (la pasión de ella es tan instantánea como había sido la suya) y después llevársela a su propia isla, hasta donde, como es natural, será perseguido. Y si a lo largo de la trama el pirata ya se había planteado abandonarlo todo para llevar una vida tranquila, imposible de continuar con su carrera pirática, al lado de Mariana, el final de la historia consiste en la expulsión de su hogar, que abandona con lágrimas en los ojos y el grito amargo de “¡El Tigre de Mompracem ha muerto para siempre!”.

En la novela no paran de suceder cosas, por lo que es evidente que hay aventura de sobra, mas el planteamiento es propio de un melodrama febril. De ahí el supremo acierto de presentar al héroe, incapaz de estarse quieto en su casa sobre los acantilados de la isla, mientras espera noticias de Yáñez, en una borrascosa noche tropical que diríase provocada por él mismo en su furiosa impaciencia. A lo largo de todo el libro, una poderosa fiebre autodestructiva recorre al personaje, no en vano sabe bien que ese amor incontenible que siente contiene la semilla de su aniquilación: que difícilmente podrá seguir siendo el centinela libertario que es, si el resto de su vida ha de preocuparse por la seguridad y la felicidad de una mujer. Es más, es consciente de que el mero propósito de verla, primero, y arrebatársela a los ingleses, después, es un objetivo insensato que ha de arrastrar a la muerte a buena parte de sus seguidores. Y aun sufriendo mucho, no dudará un solo momento en seguir su estrella (buena o mala), bajo la mirada reprobatoria, pero siempre leal, de su lúcido camarada de sangre Yáñez.

Por cierto que Yáñez es el gran misterio de esta novela, puesto que, tratándose de un personaje tanto o más interesante que el protagonista –¿qué hace un hombre blanco entre esos orientales, *renegado* de los suyos?, ¿qué pasado tumultuoso lo ha conducido hasta allí?, ¿por qué subordina completamente su voluntad a la de ese amigo al que sabe equivocado pero cuya equivocación asume como suya propia, no dudando en correr cuantos riesgos se le pide, incluso solicitando alguno que otro más?–, Salgari apenas le concede más atención que la de ser el interlocutor que necesita Sandokán para no hablar *solo*, o el igual (igual hasta cierto punto, claro) con el que compartir sus anhelos, sin dudar un solo momento, lo que es significativo, de que el portugués lo subordinará todo para hacerlos realidad.

Por muchos rodeos y digresiones que dé la acción, pese a la falta de la menor estructura narrativa, pese a dejarnos con ganas de saber más de determinados participantes en la aventura, Salgari consigue hacer funcionar una historia en estado de exaltación permanente, sin caer en ningún momento en el ridículo ni en el tedio: *terribilità*, ya lo he dicho. Fuera de contexto, las palabras de Sandokán pueden parecer extemporáneas, pero dentro de la narración resultan plenamente convincentes: es genial el momento en que, huyendo con su *praho* hacia Mompracem con Mariana a bordo, perseguidos por una letal cañonera, se sube a lo alto del mástil, retador, sintiendo que el amor arrebatado lo vuelve invulnerable, y proclama este a los cuatro vientos.

2. Los misterios de la jungla negra (1887, 1895)

Primera publicación, por entregas, en el periódico *Il telefono*, de Livorno, en 1887, bajo el título de *Gli strangolatori del Gange* (“Los estranguladores del Ganges”). Edición definitiva en libro, a cargo de Donath, en 1895, ya con el título de *I misteri della giungla nera*.

En ese intervalo entre la salida por entregas y el volumen definitivo, Emilio Salgari ya había unido la trayectoria de los héroes de este libro con Sandokán, en *Los piratas de Malasia* (que habían visto la luz en 1891). En varias ediciones españolas de *Los misterios de la jungla negra* aparece un curioso párrafo en el que se menciona que Tremal-Naik, el protagonista, es amigo de Sandokán, a quien todavía no ha tenido ocasión de conocer.⁹

En cualquier caso, *Los misterios de la jungla negra* es una de las obras maestras indiscutibles del escritor. Mejor, incluso, que *Los tigres de Mompracem*, aun notándose palpablemente que un mismo aliento dramático une los dos libros, no en vano el planteamiento es el mismo: las peripecias, progresivamente peligrosas, en que se enreda el protagonista (Tremal-Naik, el cazador de serpientes de la Jungla Negra), al caer instantáneamente enamorado por una joven blanca a quien descubre un día en sus dominios. La muchacha se llama Ada Corishant y es una joven inglesa secuestrada muchos años atrás por los *thugs*, puesto que su líder la ha destinado a ser la «virgen de la pagoda» que sirve de cuartel general a la secta. Ahora bien, cuando el protagonista acaba cayendo prisionero de ellos, no duda en aceptar la misión que le impone Suyodhana si quiere que Ada sea suya: asesinar al militar inglés que lleva años persiguiéndolos, el capitán MacPherson (por supuesto, no le dice que, bajo otro nombre, este es el padre de Ada), labor a la que se aplica con la misma implacable determinación que cuando combatía a los estranguladores.

Los *thugs* existieron: se sabe que fueron una fraternidad secreta que englobaba tanto a hindúes como musulmanes, de la que se tiene noticias al menos desde el siglo XIV; que el culto que profesaban a la célebre Kali, la diosa de la muerte del panteón hindú, los llevaba a profesar la idolatría por el asesinato, que practicaban con el lazo con que emboscaban a sus víctimas, lo cual les dio su sobrenombre de *estranguladores*; y que los ingleses los persiguieron implacablemente. De hecho, parece ser que los habían aplastado mucho antes del momento en que transcurre la acción (cuyo inicio está datado también de modo minucioso: la noche del 16 de mayo de 1855). Pero para mí siempre serán los siniestros villanos, más propios de la fábula que de la Historia, que el fascinado Salgari puso en el camino de sus héroes.

El escritor los sitúa bajo la omnipotente sumisión al tenebroso Suyodhana, escondidos en los *sunderbunds*, los manglares que conforman la enorme desembocadura del Ganges, y en concreto en una pagoda subterránea a la que se accede por el tronco hueco de un enorme baniano, un *ficus* caracterizado por las raíces aéreas que acaban hundiéndose en la tierra a modo de columnas de apoyo. Por cierto que la galería de asesinos y sicarios de ese jefe casi omnipotente es en verdad subyugante. En particular, desde niño no he podido olvidar a ese siniestro faquir que se ha dejado anquilosar el brazo izquierdo y cuya mano sirve de recipiente, cual maceta carnosa, a un arbolillo, hasta tal punto que sus uñas, que nunca se ha cortado, han acabado penetrando en la palma y sobresalen por el dorso, dándole la apariencia de un absurdo monstruo con las garras del revés.

El escenario del libro es inolvidable. Salgari consigue que la acción parezca un ensueño emanado de la atmósfera primordial que transmite ese subyugante espacio que forman los *sunderbunds*. Allí vive Tremal-Naik en compañía de su fiel sirviente Kammamuri (un personaje al que Salgari cogería cada vez más y más cariño, hasta darle un papel cercano al protagonismo en la última novela del ciclo) y de Dharma, un tigre que come de su mano. La sencillez primitiva del personaje es su característica esencial y solo así se entiende (y se comparte) esa completa falta de reflexión con que se lanza en pos de lo que desea: el amor de Ada, al precio que sea, incluso a costa de convertirse en asesino. Por desgracia, su inclusión en el ciclo de Sandokán lo despersonalizaría por completo: no solo rebajaría la sublime *terribilità* que lo envuelve (y es lógico,

⁹ Fernando Coun, aludido en la nota anterior, me indica que no existe en la edición original. En cualquier caso, esta interpolación es bien expresiva del descuido editorial español sobre Salgari y del caos en las publicaciones, que llevaría a algún responsable absurdamente celoso de la coherencia a curarse en salud por si un lector abría esta novela después de leer alguna otra del ciclo que ya uniera a los dos personajes.

porque al lado del Tigre de la Malasia hubiera sido redundante), sino que perdería la enorme relevancia dramática que aquí lo envuelve.

En cualquier caso, siempre podremos volver al personaje tal como lo conocemos aquí, incansable en su propósito de acechar la pagoda de los *thugs*, el primero y más fascinante de los múltiples subterráneos que pueblan el ciclo, situados todos ellos, eso sí, en los libros que transcurren en la India. La acción no se debilita ni un gramo cuando pasa de los *sunderbunds* a Calcuta, siendo entonces una suprema virtud esa falta de explicaciones con que Salgari expone los hechos. Es así como el escritor consigue el inaudito mérito de identificar al lector de tal modo con el personaje que, pese a que lo que este persigue ahora es un asesinato sin paliativos, sufrimos con él cuando los obstáculos se le acumulan para impedir su objetivo. De este modo, y para ser un escritor tan físico, Salgari acaba situándose prácticamente en los terrenos de la abstracción, al convertir a su protagonista en una idea pura: un hombre guiado únicamente por un impulso sentimental al que subordina todo lo demás, y que impreca a los dioses cuando advierte que se aleja de Ada (la cual aparece tan poco que acaba pareciendo una quimera, un espejismo que solo es real para el cazador de serpientes). He ahí la grandeza dramática de la que debiera haber sido tan solo una modesta aventura en la India.

3. *Los piratas de Malasia* (1891-92, 1894, 1896, 1902)

Primera publicación, por entregas, en *La Gazzetta di Treviso*, entre 1891 y 1892, bajo el título de *La vergine della pagoda d'Oriente* (“La virgen de la pagoda de Oriente”). Después, por el mismo sistema, en el periódico *La provincia di Vicenza*, en 1894, ahora llamada *L'amore di un selvaggio* (“El amor de un salvaje”). Edición definitiva en libro, a cargo de Donath, en 1896, con el título de *I pirati della Malesia*.

El ciclo de Sandokán nace realmente con esta novela, que es la que enlaza a los personajes de las dos primeras, hasta entonces independientes. El libro arranca con el viaje de Kammamuri hacia Borneo en un barco en el que traslada a la joven Ada, la cual parece haberse vuelto loca. A la altura de Mompracem, son asaltados por Sandokán y sus hombres. El valor mostrado por el indio en la lucha contra los piratas gana la simpatía de Yáñez, que le perdona la vida. Al ser interrogado acerca de la muchacha, Sandokán descubre que esta es nada menos que la prima de Mariana. Desde luego, es uno de estos azares que solo sucedían en la narrativa más popular, pero tiene el acierto de subrayar, en términos dramáticos, esos paralelismos que ya se han señalado entre Tremal-Naik y el Tigre de la Malasia. El lector no puede sino sentirse profundamente desconcertado: si *Los misterios* terminaba con el reencuentro feliz entre Tremal-Naik y Ada, ¿por qué están de nuevo separados?, ¿cuál es la razón de la locura de Ada y qué ha sido de su amado?, ¿cómo es que los tigres han vuelto a la isla de dónde los habían expulsado?, y sobre todo, ¿qué ha sido de Mariana, de quien se habla en pasado?

Las explicaciones esta vez serán rápidas. *Los piratas* transcurre dos años después que *Los misterios*: esta sucedía en 1855 y la nueva entrega, por tanto, en 1857. Por cierto que, en el relato que Yáñez hace a Kammamuri, la fecha de la primera novela vuelve a modificarse, pasando a ser ahora 1852, para que haya cinco años exactos entre la primera aparición de los tigres y su regreso. (Lo divertido es que, en el siguiente libro, volverá a cambiarse todo, por lo que ya no volveré a prestar atención a estos detalles cronológicos). Por cierto que, una vez más, Sandokán y Tremal-Naik han de compartir la amargura del fracaso.

En el caso del Tigre, nos cuenta Yáñez, por la muerte de Mariana, de cólera, en Batavia (la actual Yakarta, capital de Indonesia). En el de Tremal-Naik, todo es más delirante. El aparente final feliz de *Los misterios* resulta que se trocó en tremenda derrota, sucedida solo unos momentos después del instante en que Salgari había cerrado su libro. El resultado: la muerte del capitán MacPherson, la detención de Tremal-Naik por los ingleses, que lo acusaron de ser un *thug* (y sabemos que no andaban tan errados, pues, para salvar a su amada,

lo *había sido*) y lo deportaron al famoso penal situado en la isla de Norfolk, en aguas australianas, con el enloquecimiento de Ada como consecuencia de tanta desgracia.

No debe ocultarse: estas dos conclusiones añadidas a los libros anteriores resultan profundamente antipáticas, puesto que diríase que no tienen mayor objeto que permitir la integración de ambos núcleos y, en el caso de Sandokán, despojar al Tigre de la Malasia del molesto *lastre* que la existencia de Mariana hubiera supuesto para su vida de indomable pirata. Además, la inclusión de Tremal-Naik en el ciclo de Mompracem, como ya he dicho, ha de pagar el peaje de la pérdida de personalidad, de carisma, ante el brillo cegador de Sandokán e incluso de Yáñez, lo cual no es ilógico puesto que el cazador de serpientes (aquí ascendido, en el relato retrospectivo, a cazador de tigres), en el fondo, no es sino un humilde indio sin mayor relevancia social, por mucho que su amor lo catapulte a cimas no soñadas.

La excusa argumental que sirve de soporte a la trama es la liberación de Tremal-Naik por parte de los piratas, puesto que el joven indio, en su camino hacia Norfolk, está retenido en Sarawak a la espera del definitivo traslado a la colonia penal. El escenario permite la aparición del hombre tantas veces mencionado en la primera novela, James Brooke. Debe recordarse que este personaje tuvo existencia real: después de abandonar su puesto militar en la Compañía de las Indias Orientales como consecuencia de unas heridas, Brooke permaneció en Oriente, dedicado a distintos empeños hasta ser nombrado por el sultán de Brunéi rajá de Sarawak, puesto en el que permaneció desde 1841 hasta 1868. Salgari lo aborda con la habitual ecuanimidad: aun siendo el encarnizado enemigo de Sandokán y el símbolo del imperialismo europeo en los mares malayos, el retrato que hace de él desborda dignidad y carisma. El enfrentamiento entre ambos, eso sí, después de los habituales vaivenes en los que el Tigre de la Malasia parece haberlo perdido todo, concluye con el destronamiento del Rajá Blanco.

Desgraciadamente, *Los piratas de Malasia*, pese a su importancia, es una de las novelas más flojas del ciclo. Lo mejor radica en la parte en que Yáñez, haciéndose pasar por un *lord* escocés, es acogido por el mismísimo Brooke en su palacio –este truco, que ya había sido ensayado en *Los tigres*, solo que allí se fingía cipayo, lo repetirá Salgari, hasta agotarlo, en unas cuantas novelas de la serie–, tiene vía libre para pasear por toda la ciudad. Sin embargo, la atmósfera luciferina de pasión ha desaparecido (reaparecerá ya en contadas ocasiones, si bien siempre para dar especial personalidad a los libros donde resurge) y la acción trepidante sabe a poco. Los diversos episodios, en esta ocasión, no hilan bien unos con otros. De hecho, un segmento argumental entero (el cautiverio de Sandokán en un barco-prisión, con la subsiguiente rebelión) fue añadido por el escritor en el paso de la publicación por entregas al libro y, pese a lo prometedor que es, no funciona: se nota demasiado el relleno. También molesta la repetición de recursos argumentales de los primeros libros, que ahora se convierten en mera fórmula mecánica (el narcótico que permite a Tremal-Naik fingir su muerte y escapar así de la prisión, la limonada que Brooke hace ingerir a Yáñez a modo de «suero de la verdad»).

Sin duda, uno de los problemas de Salgari estriba en el peligro, demasiado fácil, con que su fluidez narrativa puede colapsarse: la credibilidad de su narrativa es tan delicada que puede quebrarse a poco que el autor se descuide. Y en *Los piratas de Malasia* sucede demasiado a menudo. Cuando falla la cohesión entre los elementos, lo delirante deviene grotesco, en el peor sentido del término. El modo en que el «psicólogo» Sandokán cura a Ada de la locura mediante un presunto *shock* es buena muestra, pero peor aún es la increíble transformación del personaje de *lord* Guillonk, el tío de Mariana (ahora también de Ada), implacable perseguidor de Sandokán, que súbitamente se enternece y se reconcilia con quien ahora llama su sobrino, perdonándose mutuamente las toneladas de cadáveres provocadas por su riña, hasta el punto incluso de ayudarlo en su empresa contra Brooke, a quien, hasta un momento antes, debía lealtad nacional. El tercer capítulo, por tanto, no es digno de especial recuerdo, pero sería un bache ligero en la saga.

4. *Los dos tigres* (1904)

Primera publicación, por entregas, en *Per Terra e per Mare –Giornale di Avventure e di Viaggi diretto dal Capitano Cavaliere Emilio Salgari* (“Por Tierra y por Mar. Diario de Aventuras y de Viajes dirigido por el Capitán Caballero Emilio Salgari”), semanario editado y dirigido por el escritor. Posteriormente, en libro, a cargo de Donath, en el mismo año de 1904. El título original, en todo momento, es *Le due tigri*. En España, siguiendo la primera edición por Calleja, ha sido habitualmente publicado en dos volúmenes, bajo los títulos de *Los estranguladores* y *Los dos rivales*.

Después de la publicación de la anterior novela, Salgari se tomó un descanso de doce años (relativo, claro: descanso de los personajes, pues siguió escribiendo de modo estajanovista otras ficciones). Finalmente, en 1904 lo retoma con el cuarto capítulo, *Los dos tigres*, y a partir de entonces el resto de entregas se irán acumulando con rapidez. Hay que tener en cuenta que, en torno a estos años, el trabajo de Salgari se hace más compulsivo debido a los gastos que provoca la inestabilidad mental de su esposa, Ida Peruzzi, a quien acabó teniendo que internar en un manicomio en 1910. Por increíble que parezca, y según la bibliografía aparecida en la edición de *El Corsario Negro*, en la inolvidable colección Tus Libros de Anaya, en ese 1904 publicó ¡19 libros!, y ello sin contar cuentos, artículos y entregas varias. Desde luego, pensar que el escritor revisara sus escritos es pura fantasía, y esto explica el cúmulo de reiteraciones, acumulaciones e incluso olvidos que se encuentran en tantos de sus libros, por ejemplo, en el resto del ciclo. Ahora bien, todavía quedaban por contar muchas magníficas historias de Sandokán, aunque la originalidad se fuera perdiendo poco a poco, hasta el punto de que las últimas son meras variantes entre sí.

En este cuarto título del ciclo, la acción regresa al escenario indio para reanudar el enfrentamiento con los *thugs*, solo que ahora, con Sandokán tomando cartas en el asunto, parece evidente que el combate tiene que ser definitivo. Han pasado varios años desde la historia anterior y en ese intervalo Tremal-Naik ha perdido a Ada, en este caso en el parto de su hija Damna (es otra amada que muere fuera de escena). El motor argumental es el secuestro de la pequeña por los *thugs*, puesto que Suyodhana ha decidido convertirla en la nueva «virgen de la pagoda». Tremal-Naik no duda en llamar a sus amigos, los tigres de Mompracem, y con su llegada a Calcuta comienza la acción. Así pues, el título se refiere a los dos antagonistas centrales: Sandokán, el Tigre de la Malasia, y Suyodhana, el Tigre de la India, por quien el primero enseguida desarrolla un odio cerval. De nuevo, por tanto, Tremal-Naik pasa a un segundo plano, por mucho que, en teoría, debiera haber llevado la iniciativa al situarse la acción en el escenario que domina.

Salgari hace coincidir la aventura en pos de la pequeña Damna con la famosa rebelión de los cipayos (cambiando de nuevo las fechas de la cronología anterior para que todo encaje), que estuvo a punto de acabar con la dominación británica de India. Si la primera parte de la historia transcurre entre Calcuta y los *sunderbunds*, en la desembocadura del Ganges, la segunda consiste en la persecución del malvado Suyodhana, que se ha llevado a la niña tras la caída de su refugio en la jungla, y la acción se resolverá en Delhi, durante el famoso asedio que concluyó con la completa victoria de los soldados ingleses frente a los rebeldes.

En el principio de la historia, mientras Yáñez y Kammamuri se refieren mutuamente sus peripecias desde la última vez que se vieron, el portugués señala no solo que la situación en Mompracem está tranquila desde el destronamiento del rajá blanco, sino que “aquellos días de Sarawak y Labuán pertenecen a un pasado muy remoto”. Si alguien piensa que Salgari está proponiendo cierto ambiente crepuscular, debe advertirse que, enseguida, el muy activo Salgari lo descarta por completo. Se hubiera necesitado a un escritor más reflexivo para jugar esta baza, que por otro lado no habría sido nada incoherente.

Los dos tigres recupera los ambientes y el vigor de *Los misterios de la jungla negra*. Sin embargo, el libro no puede evitar cierta sensación de «ya contado», por lo menos cuando la acción vuelve a la jungla: en este

sentido, no consigue alcanzar ese fabuloso sentido de lo primordial que tenía este último libro. Por ello, destaca mucho más el arranque de la acción en Calcuta, por la conseguida sensación de peligro que impregna cada página. Mil peligros acechan a los héroes, puesto que Tremal-Naik está vigilado de cerca por los *thugs* y sus esbirros, entre los que destaca esta vez un siniestro anciano que diríase surgido de una aventura gótica, un *manti* (una especie de hechicero y adivino), que es el encargado de dirigirlos a la trampa en las riberas del Ganges. En una de sus primeras escaramuzas, los protagonistas liberan a una joven bayadera de las manos de los estranguladores: este personaje, llamado Surama, se convertirá en la amada de Yáñez.

Es de notar que, si la primera parte posee una considerable fluidez, en la segunda (orquestada en torno a la persecución de Suyodhana) hay cierta sensación de mecanicismo. Salgari no consigue aprovechar lo suficiente el escenario de la rebelión de los cipayos, como habrían hecho un Julio Verne o un Arthur Conan Doyle. Del mismo modo, la presencia del villano se va difuminando a medida que avanza la novela, lo cual atenúa bastante la presencia de la malignidad en la trama. Es más, el enfrentamiento final entre los dos tigres resulta un tanto anodino, pues carece de la fuerza colosal que uno esperaba encontrar en el combate a muerte entre dos caudillos de semejante talla. *Los dos tigres*, por ello, aun siendo un entretenimiento digno y una de las novelas más conocidas del ciclo, no termina de destacar dentro de la saga de Sandokán.

5. *El Rey del Mar* (1904-1905, 1906)

Primera publicación, por entregas, en el mismo semanario que la anterior, entre 1904 y 1905. Edición definitiva en libro, a cargo de Donath, en 1906. El título original es *Il re del mare*. Ha sido tradicionalmente publicado en dos volúmenes, con distintos títulos. En la primera edición, en Calleja, son *Los piratas de la Malasia* y *El Rey del Mar*. En la última, en Orbis, son *El Rey del Mar* y *Por el Mar de la Sonda* (es decir, para mayor confusión, el título principal cambia del segundo al primero de los dos libros en que se divide).

El quinto integrante del ciclo indo-malayo presenta el hiato cronológico entre aventuras más amplio dentro del mismo. La acción se sitúa once años después de la derrota de los *thugs*. Por cierto que la novela indica con exactitud la edad de Damna, la hija de Tremal-Naik, quince años, permitiendo así precisar la que tenía en *Los dos tigres*, tan solo cuatro añitos. Y este hiato, en principio, no es baladí. Los diálogos que cruzan los personajes señalan que los Tigres de Mompracem han pasado todo ese tiempo tranquilamente en su isla, alejados de cualquier piratería, enterrada por tanto si no el hacha de guerra, sí la cimitarra. Es más, Yáñez, de quien se dice claramente que es un hombre con cincuenta años, señala de sí mismo que «está viejo», justo en el momento en que la acción vuelve a reclamar de nuevo a los tigres. No debe hacerse caso, pues enseguida los personajes se comportarán en la nueva lucha con el mismo entusiasmo de siempre. Se trata sin más, por tanto, de una mera indicación temporal, más que nada porque la edad de Damna (y su condición de «jovencita») será un elemento central de la trama.

La novela comienza, una vez más, directamente con una acción. En la primera parte de la historia, Sandokán solo aparecerá al final (el volumen uno en las ediciones españolas señaladas), y es Yáñez quien protagoniza la aventura. Estamos en el *Mariana*, el prao más potente de los piratas (es fácil presagiar que no tardará en perderse), en las costas de Borneo, y el portugués acude al rescate de Tremal-Naik. La situación no tarda en explicarse: en esos once años, el indio se ha convertido en un hombre próspero, que ha levantado una serie de factorías, primero en su Bengala natal y después en el mismo Borneo. Ahora bien, en los últimos tiempos se ha producido una sublevación de los dayakos, soliviantados y fanatizados por un misterioso peregrino de La Meca cuyo objeto declarado es matarlo a él y a su hija Damna. A la vez, el propio Sandokán está sufriendo una campaña de hostigamiento por parte del rajá de Sarawak, sobrino de James Brooke (estamos ante otro personaje histórico), y los mismos ingleses, que le acusan de haber vuelto a la piratería. Detrás de

todo esto se encuentran los manejos de otro individuo, al parecer venido de la India con objeto de acabar con los tigres de Mompracem. Y el peregrino de La Meca, tras ser capturado finalmente por los malayos, revelará que este tipo no es sino el hijo de Suyodhana.

Las dos partes de que consta el libro son relativamente independientes, lo cual ha justificado, más que en otros casos, esa división en dos volúmenes. La primera transcurre casi por completo en la jungla; la segunda, en el mar. Ambas son inolvidables, cada una en su ámbito, de tal manera que bien podemos señalar que nos encontramos ante uno de los grandes títulos de la saga.

En la trepidante aventura vivida en la jungla, cada peligro se ve sucedido por otro aún mayor, primero en el emocionante viaje por río, y después en el fortín-factoría que Tremal-Naik ha construido en medio de la selva borneana, donde sufre un intenso asedio por parte de los dayakos, a los que dirige personalmente el mencionado peregrino. Obligados a escapar de la factoría y atravesar el espacio arbóreo hasta el mar, perseguidos sin tregua por sus enemigos –una de sus víctimas, ay, es el tigre Dharma, muerto a balazos por los dayakos, en una escena que duele más porque la rapidez de la acción no permite recrearse en el luctuoso suceso–, cuando se hallan a punto de caer en manos de aquellos, son salvados por un soberbio acorazado estadounidense que, para mayor oportunidad, está en venta, lo cual aprovecha Yáñez para adquirirlo. Con él acuden en auxilio de Sandokán en el proverbial último minuto, pues acaba de ser expulsado de su isla (es buena idea que Salgari no repita el final de *Los tigres de Mompracem* y cuente esta derrota en *off*). Ahora bien, con el nuevo barco en sus manos, que el mismo Tigre bautiza como *Rey del Mar*, Sandokán firma, con orgullo, nada menos que una declaración de guerra contra Inglaterra.

Esa guerra, desarrollada en el océano, ocupa todas las páginas de la segunda parte de la historia. Salgari tiene el supremo acierto de recuperar el tono de «romanticismo terrible» de los primeros títulos del ciclo, solo que ahora la historia de amor contrariado por el destino es la de Damna y lord Moresby, el enérgico pero caballeroso capitán angloindio que primero la ha tenido prisionera. Este personaje, ahora en manos de los tigres, subraya la imposibilidad de un acuerdo con sus captores (que lo tratan con enorme nobleza), no solo por su deber como soldado británico sino por la alusión a inconcretas deudas de sangre que solo puedan ser saldadas con la destrucción de los protectores de la muchacha. He aquí de nuevo el juego de espejos: el romance maldito entre Sandokán y Mariana, incluso entre Tremal-Naik y Ada, vuelve a repetirse, y Salgari recupera ese tono sublime de los diálogos que se cruzan los amantes, amén de la atmósfera cargada de presagios de violencia para la que tan dotado estaba. El resultado es que *El Rey del Mar* se devora con pasión tanto en sus peripecias aventureras (como siempre, encabalgadas unas con otras) como en el desarrollo de ese melodrama sentimental.

6. A la conquista de un imperio (1906-1907, 1907)

Primera publicación, por entregas, en el mismo semanario que las anteriores, entre 1906 y 1907, bajo el título de *Alla conquista di un trono* (“A la conquista de un trono”). Edición definitiva en libro, a cargo de Donath, en 1907, con el título definitivo de *Alla conquista de un impero*. Dividido en varias ediciones españolas en dos volúmenes, con distintos títulos. En la última edición, en Orbis, son *A la conquista de un imperio* y *A orillas del Brahmaputra*.

La acción esta vez se ubica no mucho después de la anterior, pues se comenta la ausencia de lord Moresby y de Damna como consecuencia de un viaje a Europa tras su boda (nunca volverán a aparecer en el ciclo). El escritor nada nos cuenta acerca de dónde ha instalado Sandokán su pequeña corte tras la nueva pérdida de Mompracem (en el siguiente capítulo del ciclo, *El desquite de Sandokán*, lo identificará como la «isla de Gaya», sin ninguna otra aclaración). Los personajes se encuentran en la India, concretamente en el

principado de Assam, en el noreste del subcontinente, justo al norte de la más familiar Bengala. El motivo no es otro que recuperar para Surama, la amada de Yáñez (con quien este contraerá matrimonio al final del libro), el trono usurpado por su tío tras el exterminio de la práctica totalidad de la familia, episodio relatado por la muchacha tras ser rescatada en *Los dos tigres* de manos de los *thugs*.

Como siempre, Salgari recicla elementos de otras de las historias del ciclo. El principal es que Yáñez, aprovechando su condición de hombre blanco, se hace pasar por británico, infiltrándose así en la corte del rajá Sindhia, ante quien se presenta como un formidable cazador de tigres (hablando un supuesto inglés macarrónico que no es precisamente la ocurrencia cómica más afortunada del escritor veronés, cuando menos en la traducción española). Por tanto, una vez más Sandokán y Yáñez separan sus caminos en la aventura y no volverán a reencontrarse hasta el final. Salgari dedica esta vez dos largas secciones a cada uno de ellos: primero al portugués y luego al malayo, que es quien finalmente conduce la acción, prácticamente en su totalidad, durante la segunda parte de la historia.

El desarrollo de la intriga no es especialmente original. El puesto conseguido en la corte del rajá por Yáñez despierta la hostilidad del favorito europeo de Sindhia, un griego llamado Teotokris, el cual no dudará en desencadenar contra él toda clase de intrigas, secuestrando a Surama y obligándola a confesar la conspiración que se prepara para recuperar el trono de Assam. Teotokris, muerto en apariencia en la conclusión de la novela (una muerte que se produce fuera de escena: al italiano estos anticlímax bien poco le importaban), será «resucitado» y prorrogará su villanía en la siguiente novela del ciclo.

Los elementos narrativos se extraen del catálogo habitual: episodios de caza del tigre, peripecias en los subterráneos de alguna pagoda, confesiones de distintos personajes forzadas por el influjo de alguna poderosa droga (Salgari recurre a este truco en hasta tres ocasiones), huida vertiginosa por la jungla perseguidos por unos enemigos muy superiores en número... Quizá el elemento más curioso sea la referencia, sin citar la fuente de inspiración, a uno de los más famosos momentos del shakesperiano *Hamlet*, aquel en que el príncipe de Dinamarca dispone que una compañía de actores, llegada a la corte de su usurpador tío, represente ante él el crimen cometido contra su padre. Yáñez remeda al dramaturgo inglés, obligando así a Sindhia a tragarse la pública denuncia de la venta de su sobrina como esclava a los *thugs*. Ahora bien, este motivo dramático no tiene ninguna continuidad dentro de la trama; es más, aporta poco puesto que, como siempre, Salgari improvisa sobre la marcha, abriendo continuos caminos sin preocuparse mucho de cerrar lo relatado páginas atrás.

Y le basta, puesto que *A la conquista de un imperio*, sin destacar especialmente por nada, es una aventura que se sigue de principio a fin con gran amenidad, por mucho que, como siempre, el final esté resuelto de modo demasiado apresurado, con la caída del rajá en la locura al descubrir la identidad de Surama. La historia concluye con la boda entre Yáñez y la nueva raní, si bien se deja bien claro que esto no significa que el portugués haya encontrado por fin el reposo del guerrero y piense dedicarse a la vida muelle, pues Sandokán anuncia su inmediata partida para recuperar el reino perdido de su familia en Borneo.

7. *El desquite de Sandokán* (1907)

Se trata de la primera novela publicada por Salgari directamente en formato de libro, a cargo de su nuevo editor, el florentino Bemporad, tras haber roto con el genovés Donath, que había sacado a la luz todos los anteriores. El título original es *Sandokan alla riscosa* (“Sandokán al rescate”). Por otra parte, informa Fernando Coun que, según los especialistas, estamos ante la última historia del ciclo que puede ser atribuida por entero y sin ninguna duda al escritor veronés.¹⁰

¹⁰ Debe consultarse la siguiente entrada de su mencionado blog, en donde él mismo opta por la traducción original del título italiano: <https://traduciendosandokan.blogspot.com/2018/10/sandokan-al-rescate.html>.

Como indicaba el final de *A la conquista de un imperio*, la trama gira de nuevo sobre la recuperación de un reino, solo que en este caso es el del mismo Sandokán. El lector crítico puede reflexionar, con razón, acerca de lo extraño que resulta que el pasional Tigre de Malasia tarde tantos años en responder a la llamada de la sangre derramada por los suyos, pero ni Salgari dedica un solo renglón a justificarlo, ni falta que hace. La constante invocación de Sandokán al edén perdido, a los familiares asesinados, basta para recuperar ese tono terrible de los mejores integrantes del ciclo.

El escritor vuelve a cambiar los datos facilitados previamente por él mismo. En primer lugar, pone en boca de su protagonista que fue quince años atrás cuando se produjo la usurpación, pero las cuentas del lector (repassando datos de anteriores novelas del ciclo) obligan a situar el hecho al menos otra década más allá en el pasado. En *Los tigres de Mompracem*, Yáñez, al referirle a Mariana la historia de su amado, daba el nombre de Muluder a dicho reino (que Bianca Maria Gerlich¹¹ identifica con el moderno distrito, y ciudad, de Marudu, a partir del término utilizado por Salgari en la primera versión de la historia, la publicada por entregas, en ese caso Maludu). Sin embargo, su ansiado objetivo recibe ahora el nombre de Kin-Ballu, denominación que da tanto a una montaña como al vecino lago, que es donde se halla la capital del reino. El topónimo Malludu (más o menos igual al anterior Maludu) se refiere ahora a la bahía donde desembarcan Sandokán y sus hombres en el comienzo de la historia.

Señala la señora Gerlich, como ya he indicado en nota, que Salgari se inspiró en la existencia real de Syarif Osman, un soberano borneano despojado de su reino por una alianza entre el sultán de Varauni y los ingleses; es más, el sonoro nombre del Tigre de Malasia, siempre según Gerlich, procede del fiel consejero de aquel, llamado Sandakan (a quien estos curiosos datos interesen, Sandakan es el nombre actual de una importante población de la costa noreste de la isla). En cualquier caso, la conexión entre la ficción y la realidad importa muy poco en Salgari.

Y es que *El desquite de Sandokán* no necesita justificación alguna. Estamos ante una de las mejores novelas de todo el ciclo, solo comparable a *Los misterios de la jungla negra* y a *El Rey del Mar*, a las que supera quizá en cohesión narrativa, si bien del último de los dos libros señalados toma buena parte de su pulso aventurero (en concreto de su primera mitad, la situada en la jungla borneana, cuya aventura recoge y mejora). La trama posee el desarrollo más fluido de todo el ciclo, sin digresiones ni vueltas atrás, lo cual hace que sea un verdadero placer seguir sus peripecias, convencido el lector por una vez que todas ellas son relevantes para alcanzar el final. La historia, como casi siempre, comienza directamente *in medias res*, con el asalto del Tigre a una *kotta* (asentamiento fortificado) de los dayakos, con el objeto, ante todo, de capturar a un traidor, Nasumbata, que se había unido poco tiempo atrás a sus tigres y cuya precipitada marcha, sospecha Sandokán, ha sido para avisar a su enemigo el usurpador.

Enseguida llegan, procedentes de Assam, Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri con una aportación de montañeses del reino indio, los mismos que ayudaran al portugués a recuperar este reino para su amada Surama en la novela anterior. En el barco del portugués se encuentra también, sin que los héroes puedan sospecharlo, el griego Teotokris, regresado de la muerte y, como buen heleno, dominado por un deseo de venganza impetuoso y poco racional, teniendo en cuenta que habrá de aliarse con un puñado de salvajes para enfrentarse a sus enemigos. De hecho, el griego no tarda en volar el barco por los aires para encubrir su marcha con Nasumbata a fin de ponerse al servicio del usurpador de Kin-Ballu.

La reaparición del griego, que hoy día tildaríamos sin más de concesión a la galería de cualquier producto burdamente comercial, sin embargo supone un acierto de Salgari. La razón estriba en que la presencia latente de Teotokris detrás de todas las emboscadas de los dayakos del usurpador, algunas en verdad diabólicas, lo

¹¹ Consúltese el artículo citado en la nota 4.

transmuta en el Enemigo con mayúsculas que convertirá en verdadera odisea la empresa de los héroes. Cada nuevo peligro, cada diabólica trampa, lleva su sello como si su odio tuviera un poder sobrenatural capaz de convertir cada rincón de la jungla en un infierno. Salgari no necesitará dar voz ni cuerpo a Teotokris en el resto de la historia para que su figura se halle presente en todo su curso, si bien se echará de menos, en el final, una confrontación directa con los protagonistas. Ahora bien, habría faltado Salgari a su credo narrativo si lo hubiera hecho, y tanto el griego como el usurpador y sus hijos perecerán, de lejos, sin darle esta satisfacción al lector ortodoxo.

La trama de la novela, por tanto, se concentra en relatar el avance, lleno de peligros, de Sandokán, sus amigos, los assameses y malayos que componen su pequeño ejército y el refuerzo de una tribu autóctona de *negritos* (o sea, de pigmeos) cuya alianza se deberá al más humilde de los personajes centrales, a Kammamuri, el sirviente de Tremal-Naik. Inicialmente, este avance se produce a través del río que comunica con el interior, pero el primer ataque del griego acaba también con su embarcación fluvial, dando pie a una primera aventura, apasionante, en que los héroes se ven obligados a derivar mientras su barco va hundiéndose poco a poco y son hostigados por gaviales (los cocodrilos de Borneo). Desde ese momento, las asechanzas de Teotokris parecen poner contra las cuerdas una y otra vez a Sandokán y los suyos, pero de cada contratiempo saldrán indemnes, hasta presentarse a orillas del lago, apoderarse de la flota del usurpador y destruir su ciudad.

El paso de los héroes supone una sucesión de episodios y enemigos a cuál más conseguido: los enormes monos que les roban su caja de municiones; la estampida de búfalos, después repetida (y superada) por la de los rinocerontes; el asedio a que son sometidos en una cueva poblada por serpientes pitones, cuyas paredes, por si fuera poco, están cubiertas de azufre que el griego utiliza para intentar ahogarlos con gases venenosos; la peripecia que une a Kammamuri y el jefe de los *negritos*, que cuenta su apresamiento y estupenda fuga posterior de manos de los dayakos; la inundación de la llanura, con el lodazal convertido en una trampa mortal al sembrarlo los terribles isleños de puntas de flecha envenenadas...

Ahora bien, con mayor fortuna que en ninguna otra novela, Salgari sazona la peripecia de un humor cómplice que distiende la acción en medio de la mayor emoción, sin trivializar nunca el peligro (esto no lo ha entendido el cine de aventuras moderno desde que Spielberg y Lucas lo reformularan con sus *Indiana Jones*) sino, bien al contrario, ayudando a humanizar a quienes, en medio de los más angustiosos contratiempos, nunca se dejan arrastrar por la desesperación y convierten la broma en prueba de amistad. *El desquite de Sandokán* se devora con placer, sin una sola laguna en su ritmo, equilibrando de modo admirable el papel en la aventura de cada uno de esos cuatro amigos que, tras tantos años de combatir hombro con hombro, y por mucho que uno de ellos alegue una deuda de sangre para movilizarlos en ese combate, saben bien que la lucha es la mera excusa para volver a estar juntos, para sentirse vivos, para contagiar al lector de su irresistible intrepidez.

8. La reconquista de Mompracem (1908)

Publicada directamente como libro por Bemporad con el título de *La rinconquista di Mompracem*. En España, ha sido a veces dividida en dos libros, bajo los títulos de *La reconquista de Mompracem* y *Al asalto de Varauni*.

Estamos ante el último título del ciclo publicado en vida de Salgari, si bien algunos especialistas parecen dudar de que el escritor fuera el responsable de todo el material. Como indica el título, por tercera vez consecutiva la trama versa sobre la reconquista de un reino: después de Assam (para Surama, la amada de Yáñez) y de Kin-Ballu (para el propio Sandokán), le llega el turno a Mompracem, la isla que los dos tigres

consideran realmente como su hogar (extraña, pues, que no lo hayan intentado antes). Insólitamente, Mompracem no aparece como escenario hasta el capítulo final; es más, el Tigre de Malasia tampoco hace acto de presencia hasta la última parte del libro. El protagonista absoluto de la trama, por tanto, es Yáñez, acompañado por Kammamuri, lo que termina de ratificar que, fuera de *Los misterios de la jungla negra*, la pareja «natural» del *maharatto* es el portugués.

Lo cierto es que, después del vibrante resultado del previo capítulo, nos encontramos ante el libro más flojo del ciclo. Y no porque lo que se cuente no posea el ritmo habitual o no se siga con interés, sino porque todo el planteamiento en general y el desarrollo de la acción en particular están recorridos por un descuido excesivo hasta para el escritor italiano. Por primera vez, las numerosas incongruencias e ingenuidades del texto parecen más bien fruto de la desidia que de la completa subordinación al placer narrativo. Salgari (y uno quisiera creer que no es Salgari) se repite hasta la extenuación. De nuevo Yáñez, haciéndose pasar por inglés, se infiltra en la corte de un gobernante al que engaña con facilidad, pero que no tarda en ser advertido de su doble juego e inicia el suyo propio con el portugués. El escenario de la historia es el sultanato de Varauni, cuyo rajá bien sabemos –por las continuas referencias en todo el ciclo– que es uno de los más avezados enemigos de Sandokán, hasta el punto de haber estado implicado en el destronamiento de su familia en Kin-Ballu. Ahora bien, la caracterización de Salgari lo despoja de cualquier sensación de amenaza: es más bobo incluso que el rajá de Assam, sin tener el contrapeso de ningún turbio favorito que lo maneje.

Uno de los peores elementos de la trama viene provocado por el humanitarismo de los piratas, que provoca momentos en verdad embarazosos. En el inicio de la historia, Yáñez asalta el barco inglés en que viaja el embajador al que pretende suplantar y, aun hundiendo la nave, deja que los pasajeros y la tripulación suban a las chalupas y se salven. Teniendo en cuenta que su plan exige pasar un tiempo en la corte del rajá, lo lógico habría sido deshacerse de tan incómodos testigos, que no tardan en aparecer en Varauni, obligando a Salgari a plantear enojosas escenas en que el portugués niega ser el pirata que destruyó su barco, y al que los pasajeros vieron claramente, y se intenta convencer al lector de que la argucia le sale más o menos bien. El escritor introduce además un personaje bastante prescindible para reforzar la versión del pirata: una dama holandesa, pasajera del mismo barco, que, sin que se sepa por qué –ya que Salgari se resiste a convertir a Yáñez en un hombre infiel a su Surama–, se convierte en aliada y compañera incondicional de Yáñez, asumiendo todos sus peligros sin que parezca recibir nada a cambio más que la amistad de este.

El desarrollo de la historia, por ende, está lastrado por la inverosimilitud, e incluso el mismo protagonista parece un Yáñez de «segunda», más dubitativo que nunca, cometiendo notables errores de cálculo. Sus planes aquí son de risa, y si todo sale bien es porque Salgari se lo pone fácil a sus personajes, haciendo aparecer aliados cuando los necesitan y caracterizando a los malos (los ingleses, que buscan la revancha por el hundimiento de su barco) como tontos de capirote incapaces de organizar ninguna emboscada mínimamente eficaz. Para colmo, el modo en que se recupera Mompracem es más bien chapucero: el rajá de Varauni firma, bajo extorsión, un papelito en que devuelve la isla a Sandokán, lo cual ni parece un mecanismo legal muy sólido ni hace pensar en que los enemigos del Tigre vayan a respetarlo una vez reorganizadas sus fuerzas. Quisiera creer que esta desidia es la prueba de la autoría compartida, pero no he encontrado pruebas de ello y creo que no se debe «proteger» a un escritor por mucho que lo adoremos: Salgari, por tanto, debe ser considerado el responsable de esta pequeña tontería que es *La reconquista de Mompracem*.

9-11. *El falso bracamán y La caída de un imperio* (1911). *El desquite de Yáñez* (1913)

Títulos originales: *Il bramino dell'Assam. La caduta de un impero. La rivincita di Yanez*.

Los tres últimos libros de la saga de Sandokán ofrecen diversos problemas a los especialistas. De este conjunto solo se tienen documentos contables del pago del editor Bemporad al escritor veronés por una novela, titulada *La caída de un imperio*. Pueden formularse dos teorías. La primera es que Salgari entregó un solo libro, que luego se dividiría en tres. Un dato a favor es que no hay ninguna independencia entre ellos, puesto que cada uno es continuación del anterior, y en el resto del ciclo no hay tal conexión entre ninguna de sus partes, pese a la recurrencia de elementos argumentales. La segunda teoría tiene en cuenta el hecho de que los dos primeros libros tienen una extensión de tan solo doce capítulos cada uno, mientras que el tercero presenta veinticuatro. Esto podría hacer pensar que, en realidad, se trataría de dos libros, el primero de los cuales fue dividido en dos, mientras que el segundo se publicó tal como era. Hablemos tanto de un único libro dividido en tres entregas, como de dos libros con el primero dividido en dos partes, mis cábalas me llevan a pensar que es probable que el editor ensayara esta estrategia comercial para multiplicar los beneficios, pensando que el reciente suicidio de Salgari incrementaría el interés de los lectores. Por cierto que, en España, para rizar el rizo, el último de ellos también ha sido publicado en ocasiones en dos volúmenes, el primero con el título de *En los junglares de la India* y el último ya como *El desquite de Yáñez*.

La trama que los unifica es la conspiración que se urde contra Yáñez y su esposa, que los lleva a dar prácticamente por perdido su reino de Assam, obligándoles a pedir una vez más la ayuda de Sandokán. El Tigre de la Malasia llega en el tercer libro –esto provoca que, irónicamente, Yáñez y Tremal-Naik, con diez apariciones en once novelas, sean los personajes que aparecen en más títulos del ciclo– pero su presencia no decide la guerra, ya que también él acaba en situación apurada, sitiado por hombres muy superiores en número, de tal modo que la campaña se resuelve por la llegada, como si fuera el séptimo de caballería, de la tribu de montañeses a la que pertenece Surama.

Trátese de uno, dos o tres libros, el capítulo final de las aventuras de Sandokán es a la vez un cierre magnífico y un conjunto paradigmático en cuanto a su uso de las claves del ciclo y de la poética de Salgari. Ante todo, demuestra una vez más que escritor se encuentra más cómodo narrando los momentos de incertidumbre, incluso de derrota de sus héroes, que sus triunfos, los cuales siempre resuelve de modo precipitado, como si en el fondo no le interesaran mucho. Y aquí la derrota se palpa casi en cada página, puesto que las cosas no dejan de ir de mal en peor hasta el mismísimo final. *La caída de un imperio* (llamaré así al conjunto por comodidad, utilizando el nombre de los tres que mejor se ajusta a su totalidad) me recuerda mucho el inexpresable sentimiento que sentí, siendo niño, cuando vi en cine *El Imperio contraataca* (1980). En contraste con la exultante iluminación de *La guerra de las galaxias* (1977), donde los protagonistas triunfaban en toda la extensión del término, en la segunda parte sucedía justo al revés. Ante mis incrédulos ojos, los contratiempos que sufrían los héroes se iban sucediendo uno tras otro, hasta que llegaba un momento en que el rumbo se antojaba cada vez más difícil de enderezar porque el final se iba *acercando*. Y en efecto, el film concluía con el héroe Luke Skywalker huyendo a duras penas con la princesa Leia, con una mano perdida en combate con el villano Darth Vader y teniendo que asimilar la revelación de que este era su padre. Y peor aún, su amigo Han Solo, el personaje más atractivo de toda la película, desaparecía de escena a falta de media hora larga, congelado en un bloque de carbonita y un mercenario se lo llevaba quién sabe a dónde. Había que frotarse los ojos: fue la primera vez que sentí que la crónica de una derrota anunciada y su cristalización final podían ser más fascinantes que el triunfo más rotundo.

Esto es justo lo que sucede en *La caída de un imperio*, con la diferencia de que, al final, y casi a regañadientes, Salgari hace que sus personajes superen a sus enemigos (y aun así, la mejor despedida de escena es la del villano que se les enfrenta, en cuya boca se ponen frases casi dignas de Shakespeare). El escritor veronés construye primero un *suspense* magnífico en el primer libro, donde la amenaza contra Yáñez y su esposa se va fraguando de modo cada vez más incontenible. Es una idea estupenda que esa amenaza alcance el reducto más íntimo de su palacio: las muertes sucesivas de varios primeros ministros, por culpa de

alimentos envenenados, crean un suspenso insoportable y el drama aumenta, por cuanto la pareja acaba de ser progenitora de un pequeño (al que Salgari da el extravagante nombre de Soárez). Esta sensación de enorme vulnerabilidad se plasma mediante un recurso inesperado en un libro para niños y jóvenes, pero que posee una apasionante coherencia dramática: la aparición de una crudeza inesperada en sus páginas, producto de la ira apenas contenida con que Yáñez reacciona a la palpable traición que está descubriendo entre las filas de sus soldados, que en el momento más apurado demostrarán que han cambiado de bando.

Esta ira se dirige, sobre todo, contra el hombre que dirige la conspiración, mientras el verdadero líder se mantiene en la sombra, ese falso bracamán al que se refiere el título. Es memorable el durísimo interrogatorio al que es sometido por Kammamuri, lindante con la pura tortura, cuando menos psicológica, al privársele de comida y bebida e impedirle el sueño mediante los estruendosos ruidos que hacen unos animales más bien fantásticos, a los que se azuza para mantenerlo despierto. De entre todos los sicarios que pueblan el ciclo de Sandokán, este bracamán es sin duda uno de los más recordables: incluso sometido a las mayores privaciones, todavía tiene el poder de magnetizar a la raní Surama y convertirla en esclava. Casi no puede extrañar que, en un momento de suprema exasperación, Yáñez le vacíe un ojo de un formidable puñetazo.

Quien está detrás de la conspiración, por supuesto, no puede ser otro que el anterior rajá, Sindhia, aunque esté teóricamente loco y recluido en un manicomio de Calcuta. Para comprobar que está donde debe estar (y no está, claro), Yáñez envía a su fiel Kammamuri, que protagoniza un larguísimo y memorable excursus muy propio del escritor, por la increíble cantidad de peligros que ha de superar a lo largo de su viaje en tren hacia la ciudad, bajo una atmósfera digna de los mejores *thrillers* de Alfred Hitchcock. La culminación es el episodio donde sus enemigos incendian el vehículo quemando a todos los demás pasajeros, y Kammamuri y un compañero quedan solos en el único vagón indemne, detenidos en medio de la jungla y asediados por varios tigres devoradores de hombres. No será la última peripecia que protagonice Kammamuri, lo que permite constatar una vez más la libertad dramática y narrativa con que Salgari acometía sus novelas, sin preocuparle que el lector pudiera echar en falta más apariciones de los teóricos personajes centrales.

Entre tanta emoción provocada por el ritmo sin tregua, no debe ocultarse que el tercero de los libros adolece de ese descuido por desgracia también habitual en Salgari. Por ejemplo, en la marcha de Kammamuri hacia las montañas, en compañía de un fiel soldado de Yáñez, de pronto, al ser hechos prisioneros por sus enemigos, aparece en escena un tercer camarada a su lado, de cuya presencia nada se nos había dicho. La explicación subsiguiente es delirante: “No hemos dicho de qué manera se encontraba también este junto a los prisioneros (...) por no repetir una historia muy semejante a la contada. El lector la recordará y no se extrañará (??)”. Por mucho que Salgari sea imprevisible, la única explicación que encuentro razonable es que el editor, al revisar el manuscrito, se encontrara de pronto con la inopinada aparición de este tercer guerrero y, al no poder preguntar al escritor de dónde rayos había surgido, intentara resolverlo con estas explicaciones chapuceras.¹²

Final de ciclo, final de vida

En abril de 1911, Salgari se suicidó, dejando una nota amarga a sus editores, a los que responsabilizaba de haberse “enriquecido con su piel”, explotándolo sin misericordia y dejándolo en una “continua semi-miseria”. Sin duda, otros condicionantes influyeron en su decisión, sobre todo la enorme depresión que lo afectaba desde el internamiento de su esposa en un manicomio. El desesperado escritor señalaba en la carta, con macabro sarcasmo, que al menos esperaba que corrieran con los gastos de su funeral.

¹² No es la única explicación posible. Teniendo en cuenta alguna que otra barrabasada previa de las editoriales españolas, tal vez quepa achacar la misma también a estas.

Es difícil saber si escribió *La caduta de un impero* pensando que con ella cerraba el ciclo que había sido el eje cardinal de su literatura. Un análisis psicológico de la historia podría justificar el aumento señalado de la crudeza en su propio desequilibrio personal, mas entraría en un terreno para el que no estoy preparado, a falta de poder leer ese anhelado estudio sobre el escritor. Prefiero cerrar este artículo subrayando la sencillez de la conclusión de la novela que, lo quisiera o no, clausuró para siempre (en realidad hasta que los editores encontraron a quienes las prolongaran, pero esto es otra historia) las aventuras de sus queridos personajes.

Es un final carente de la menor solemnidad. Sandokán se separa de Yáñez, dejándolo de nuevo sólidamente sentado en el trono de Assam y prometiéndole volver si lo necesita de nuevo. No en vano señala que “estas aventuras me gustan mucho”, y la aparente simpleza de esta frase se esfuerza en conmoverme porque debajo de ella encuentro una llamada de complicidad al lector por parte de un escritor que, lo intuyera o no, ya no iba a compartir muchas peripecias con él. El Tigre de Malasia vuelve a su amada Mompracem, donde se señala que le espera una mujer (ya conocida: es la holandesa que se unía a los tigres en el libro anterior). ¿Traiciona Sandokán –traiciona Salgari– el amor sublime que juró sentir siempre por Mariana? Yo pienso que no, que el recuerdo de su amada seguirá apareciéndosele en noches de tormenta como aquella con la que tan fulgurantemente comenzara el ciclo, veintitantos años atrás. Sencillamente, Salgari, también obligadamente lejos de su esposa, estaba en la edad de la vida en que sabía bien lo necesario que es el refugio de unos brazos cálidos para quien solo conoce el esfuerzo ímprobo: Sandokán, la guerra; él, el combate diario contra la hoja de papel en blanco. Y aunque él no pudiera tenerlos, no se lo negó al héroe de su alma: eso también es generosidad.